

# *El Quijote* en la concepción de lo real-maravilloso americano de Alejo Carpentier

Gonzalo Celorio

*Prodigiosamente fidedignas resultan ciertas frases de Rutilio en Los trabajos de Persiles y Sigismunda, acerca de hombres transformados en lobos, porque en tiempos de Cervantes se creía en gentes aquejadas de manía lupina.*

Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*

CUANDO BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO relata en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* la llegada de las huestes cortesianas a México-Tenochtitlan no encuentra palabras para describir aquella ciudad lacustre, cuyo centro ceremonial, asentado en un islote, se unía a los pueblos ribereños a través de largas y rectilíneas calzadas tendidas sobre una laguna en la que numerosas piraguas, entre huertos flotantes cultivados de flores y verduras, trasegaban sus mercaderías. El cronista, entonces, echa mano de una comparación para dar cuenta de la maravillosa realidad que sus incrédulos ojos contemplan: “Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que se cuentan en el libro de Amadís”.<sup>1</sup> Al recurrir a este símil, Bernal establece una relación de continuidad entre las fantasiosas novelas de caballerías y las puntuales crónicas de la conquista.

Los “Amadises de América”, según llamó a los conquistadores Ida Rodríguez Prampolini en su libro subtítulo *La hazaña de Indias como empresa caballeresca*,<sup>2</sup> ciertamente se arrojan al Nuevo Mundo imbuidos del espíritu aventurero de los Palmerines de Oliva y los Florismartes de Hircania, y están dispuestos a perecer en pos del país del oro, el reino de

las Amazonas o la fuente de la eterna juventud. Tal espíritu caballeresco, si bien ahora más signado por la ambición que por la gloria, prevalece a lo largo de la conquista militar y se mantiene vivo hasta bien entrado el siglo XVIII. No deja de ser significativo que en 1780, como lo recuerda Alejo Carpentier, “unos cuerdos españoles, salidos de Angostura, se lanzaran todavía a la busca de El Dorado, y que, en días de la Revolución Francesa —¡vivan la Razón y el Ser Supremo!—, el compostelano Francisco Menéndez anduviera por tierras de Patagonia buscando la Ciudad Encantada de los Césares”.<sup>3</sup>

Como ocurre con don Quijote, cuya imaginación caballeresca ve descomunales gigantes, señoriales castillos o agueridos ejércitos en donde sólo hay molinos de viento, ventas camineras o apacibles rebaños de ovejas, los expedicionarios del Nuevo Mundo proyectan sobre la realidad americana, según lo sustenta Edmundo O’Gorman en su ya clásica obra *La invención de América*,<sup>4</sup> la imagen, asaz mítica y fabulosa, que el Viejo Mundo había construido con respecto al ignoto Occidente a lo largo de los siglos, desde la Atlántida de Platón y la Última Tule de Séneca hasta las leyendas utópicas de la Edad Media y las previsiones de la *Nueva y compendiosa geometría* de Ramón Llull.

A diferencia de las novelas de caballerías, las crónicas del descubrimiento y la conquista no acuden al expediente de la imaginación para relatar sus propias hazañas y describir el mundo en que éstas tienen lugar; antes bien, se empeñan en narrar con precisión los acontecimientos de los que sus autores han sido testigos y protagonistas y en pasar por el tamiz de la palabra, con la mayor fidelidad posible, la realidad recién conocida. Sin embargo, el mundo americano inevitablemente es percibido según un imaginario inveterado del

que los cronistas, a pesar de sus intentos de objetividad, no pueden prescindir. Así, la imaginación no sólo se filtra en sus descripciones y en sus relatos, sino que cobra estatus de veracidad, para maravilla de ellos mismos y de sus lectores. No en vano la palabra *maravilla* es una de las más utilizadas en sus crónicas, como queda de manifiesto desde los tempranos tiempos del *Diario del descubrimiento* de Cristóbal Colón. A partir de entonces, lo maravilloso cobra carta de naturaleza en la realidad americana, como lo sostiene, al mediar el siglo xx, Alejo Carpentier, quien concluye el prólogo a su novela *El reino de este mundo* preguntándose: “¿Pero qué es la historia de América toda sin una crónica de lo real-maravilloso?”<sup>5</sup>

En el discurso que pronuncia en el paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares al recibir el Premio Cervantes en 1978, Alejo Carpentier reconoce, sin ninguna pretensión de originalidad, que con *El Quijote* nace la novela moderna. Habla en ese foro de sus dos más señalados antecedentes –la novela de caballerías y la novela picaresca– en relación directa con aquello que en su opinión constituye el rasgo esencial de la obra cervantina: la imaginación. Si las novelas de caballerías habían servido de puente entre la ética medieval y el humanismo renacentista, para los tiempos del *Quijote* ya habían envejecido, entre otras causas porque la fantástica imaginación que acusaban se había desvinculado de la realidad, y sus héroes habían sucumbido “bajo el peso de portentos hartos acumulados”.<sup>6</sup> Con la picaresca –invención española si las hay–, la novela había incorporado la primera persona al discurso narrativo y había sustituido los arquetipos heroicos por los individuos de carne y hueso, pero su exacerbado realismo acabó por desplazar a la imaginación. Según Carpentier, el *Quijote* aporta al género una cuarta dimensión, la dimensión imaginaria que en la novela de caballerías se había vuelto inverosímil y ajena a las preocupaciones del hombre moderno, y de la que carecía, por su empeño en dar cuenta de lo circundante y habitual, la novela picaresca:

Cervantes, con el *Quijote*, instala la dimensión imaginaria dentro del hombre, con todas sus implicaciones terribles o magníficas, destructoras o poéticas, novedosas o inventivas, haciendo de ese nuevo yo un medio de indagación y conocimiento del hombre, de acuerdo con una visión de la realidad que pone en ella todo y más aun de lo que en ella se busca.<sup>7</sup>

Como puede verse, la dimensión imaginaria que Carpentier le atribuye a la novela de Cervantes no está reñida con la realidad, antes bien la imaginación es considerada por él

como una potencia humana que permite hacer calas más profundas en la realidad y en cierto sentido modificarla y enriquecerla.

Tal concepción es la que subyace en la tesis de lo real-maravilloso americano que Carpentier sostiene en el prólogo a su novela *El reino de este mundo* de 1949, según la cual lo maravilloso no se opone a la realidad sino que es parte consustancial de ella. Para exponer este planteamiento, conviene recordar algunos aspectos de la biografía del escritor cubano.

En 1927 Carpentier escribe su primera novela, a la que pone por título *¡Ecué-Yamba-Ó!*, voz lucumí que significa *¡Alabado sea Dios!* La redacta en el breve lapso de nueve días en una prisión de La Habana, donde había sido encarcelado por firmar un manifiesto en contra de la dictadura de Gerardo Machado. Si bien esa novela intentaba ser moderna, resultó, como lo reconoce el autor, “un intento fallido por el abuso de metáforas, de símiles mecánicos [...] y por esa falsa concepción de lo nacional que teníamos entonces los hombres de mi generación”.<sup>8</sup> En efecto, esta obra primeriza no difiere significativamente de la tradición realista de la novela latinoamericana imperante en aquellos años, que, a pesar de su franca intención denunciatoria, pocas veces llega a tocar el fondo de los problemas sociales y con mucha frecuencia se queda en lo vernacular, cuando no en lo folclórico o en lo pintoresco. Una vez liberado, Carpentier se avecina en París, de donde no regresará a vivir en Cuba hasta 1939, cuando estalla la segunda guerra mundial. En la capital francesa entra en comunicación directa con las vanguardias europeas de entreguerras. Traba amistad con los poetas y los pintores del surrealismo –Louis Aragon, Tristan Tzara, Paul Eluard, Georges Sadoul, Benjamin Péret, Chirico, Tanguy, Picasso– a quienes, en su conjunto, considera “la generación más extraordinaria que había surgido en Francia después del romanticismo”,<sup>9</sup> e incluso es invitado por André Breton a colaborar en la revista del movimiento que él encabezaba.

Imbuido de las teorías freudianas a propósito de la interpretación de los sueños, el surrealismo, en concordancia con los manifiestos teóricos que le dan sustento, se empeña en incorporar a la creación artística el mundo onírico y las que Breton llamó “potencias oscuras del alma”, a través de la escritura automática y el irracionalismo. De seguro a la luz de este movimiento, que tiene un sentido más amplio de la realidad que el santificado por la novela realista y más aún por la naturalista del siglo xix, Carpentier, que sigue pensando obsesivamente en América a pesar de su deslumbramiento ante las vanguardias europeas, se propone rescribir su primera novela durante largos meses de 1933. El resultado al parecer

no satisface sus aspiraciones, y su autor acaba por abjurar de ella, así sea de forma parcial.

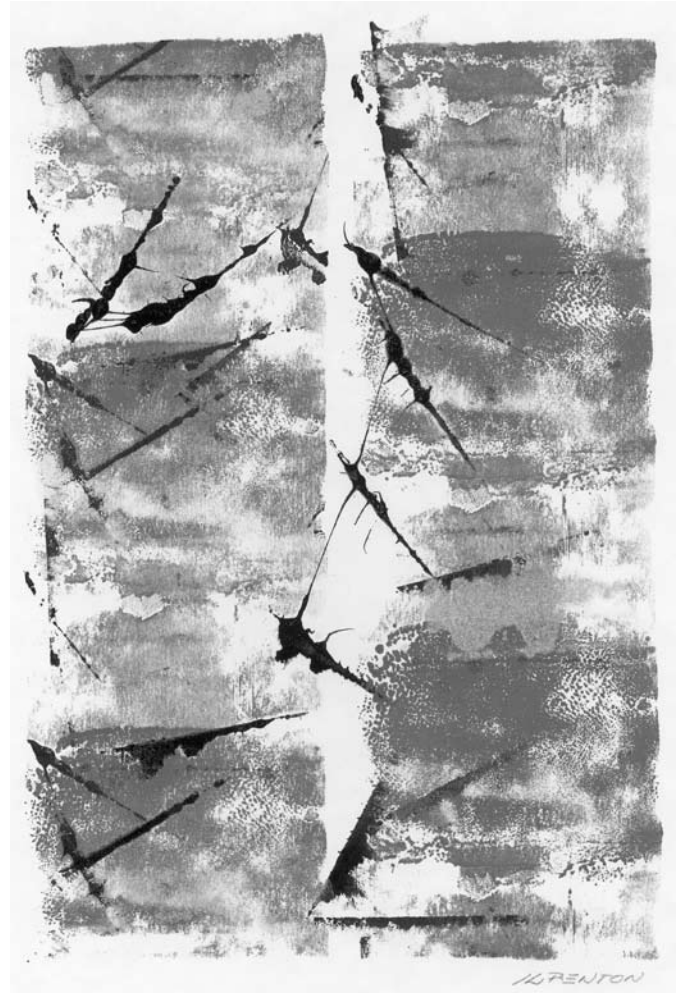
En 1943 Carpentier realiza un viaje a Haití, que va a ser decisivo en la conformación de su pensamiento sobre la cultura y la literatura latinoamericanas. Recorre los caminos rojos de la meseta central, visita las ruinas de Sans-Souci; la Ciudadela La Ferrière, que había mandado construir Henri



Cristoph, aquel pastelero negro llegado a déspota ilustrado; la Ciudad del Cabo y el palacio habitado antaño por Paulina Bonaparte, y descubre, azorado, que en aquel país de las Antillas lo maravilloso existe en la realidad cotidiana. La fe colectiva que sus habitantes depositaron en su líder Mackandal los llevó, en tiempos napoleónicos, al milagro de su liberación, y esa fe, procedente de arcanas mitologías, no ha perdido su vigencia. Es entonces cuando el escritor se ve llevado a enfrentar la realidad recién vivida, que califica de maravillosa y la hace extensiva a toda América Latina, a las prácticas surrealistas, que si antes lo entusiasmaron ahora lo defraudan.

De esta experiencia vital nacen *El reino de este mundo* y el prólogo que le da sustento teórico, en el que el autor expone la que habrá de ser su poética más persistente: “lo real mara-

viloso americano”. La idea que subyace en ese prólogo y que Carpentier desarrolla a lo largo de su novela es, en síntesis, la siguiente: en América lo maravilloso forma parte de la realidad cotidiana, habida cuenta de la fe de sus habitantes en el milagro, mientras que en Europa, donde los discursos han sustituido a los mitos, lo maravilloso es invocado de manera artificial y fraudulenta.



Habría que decir que esta idea tiene sus antecedentes en los remotos tiempos del encuentro de culturas y obedece a la vieja oposición que, del Gran Almirante a Hegel, pasando por Amerigo Vespucci, Joseph de Acosta, el padre Las Casas y Rousseau, le atribuye a las Indias Occidentales o al Nuevo Mundo los valores de la inocencia, la virginidad y la abundancia –tierra de la eterna primavera, país del noble salvaje, generosa cornucopia–, en tanto que caracteriza al Viejo Mundo por su decadencia y su decrepitud.

Tal concepción se plantea de manera reiterada en la obra ensayística de Carpentier y anima la escritura de las seis novelas que sucedieron a *El reino de este mundo*, a saber: *Los pasos perdidos*, *El Siglo de las Luces*, *El recurso del método*, *Concierto barroco*, *La consagración de la primavera* y *El arpa y la sombra*. En todas ellas se presenta, aunque con las

variaciones propias de cada caso, la contraposición de una América mítica y promisorio *versus* una Europa fatigada y exacerbadamente racional. El punto medular del contraste estriba en las diferentes maneras en que una y otra culturas conciben lo maravilloso. Según la tesis carpenteriana en América lo maravilloso se suscita de manera objetiva en la propia realidad gracias a la fe colectiva en el milagro, mientras que en Europa es el resultado de la inventiva personal del escritor y tiene, por tanto, un carácter fantasioso y necesariamente subjetivo.

En el prólogo de marras, sin embargo, Carpentier hace derivar lo maravilloso de una alteración inesperada de la realidad, que es *percibida* por el creyente en el milagro con un *espíritu exaltado*, lo que pondría en tela de juicio precisamente su presunta objetividad. Cabría preguntarse, así las cosas, si esta condición que Carpentier le adjudica a América es tan objetiva como el autor sustenta o si, por lo contrario, proviene de una mirada exógena, en este caso europea, que se posa en nuestra realidad, y al advertir que no se ajusta a los paradigmas del Viejo Mundo la califica de maravillosa, como ocurrió desde los tiempos colombinos. Al parecer la obra de Carpentier responde a este segundo supuesto: si el autor creyera a ciencia cierta en que lo maravilloso es parte integral de la realidad americana y la viera de manera endógena, no la calificaría de maravillosa sino que sólo la aceptaría como real y, por consiguiente, no hablaría de “lo real maravilloso” sino de realismo a secas.

Aunque su visión sea ineludiblemente europea, Carpentier se esfuerza por romper la tradición que ha heredado, y su mayor ambición es contar la historia de América desde América, sin subordinarla a la cronología o a la causalidad europeas; dar cuenta de sus inéditas cosmogonías, de la vitalidad de sus mitos y de la significación funcional de sus rituales; descubrir, en suma, su realidad maravillosa. En efecto, en *El reino de este mundo* hay un manifiesto intento por subvertir la óptica tradicional que contempla los acontecimientos americanos como un reflejo o como una consecuencia de lo ocurrido en Europa. Carpentier cuenta la emancipación de los esclavos de Haití como resultado de la fe que la colectividad deposita en la supervivencia de su líder Mackandal, a quien ha dotado de poderes licantrópicos; y no de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano o de la revolución francesa. Sin embargo, una es la intención y otro el

resultado narrativo, por más que aquélla esté siempre presente en la propia narración. Y es que a pesar de sus empeños Carpentier sólo puede ver a través de los anteojos de la cultura europea; el narrador de la novela en cuestión no participa de la fe de sus protagonistas. Toma entonces como prodigioso o sobrenatural un suceso que para los esclavos es, supuesta su fe, regular y verosímil. Aunque ideológicamente esté de parte de los negros y trate de explicar el acontecimiento del gran vuelo de Mackandal desde la perspectiva de los esclavos, la piel del narrador es blanca. Podría pensarse que esta lejanía con respecto a la fe de los siervos insurrectos redundaría en beneficio de la objetividad de la narración; sin embargo, hay siempre una percepción exaltada que la debilita. En la sorpresa que le provoca al narrador un fenómeno que para los personajes no es sorprendente, sino normal y cotidiano, reside la subjetividad narrativa que inclina la balanza hacia la idea europea del mundo americano.

Ya que de *visión* hablamos, cabe preguntarse, en el caso de *El reino de este mundo*, quién percibe lo maravilloso y con



qué ojos lo percibe: ¿el testigo presencial o recipiendario del milagro con los ojos de la fe, o más bien el narrador del suceso con los ojos de la razón? En principio, podría responderse que el primero, ya que Carpentier destaca la necesidad de la fe para que el milagro se verifique: “Para empezar la sensación de lo maravilloso presupone una fe. Los que no creen en santos no pueden curarse con milagros de santos”, dice. Y añade un ejemplo cervantino: “ni los que no son Quijotes pueden meterse, en cuerpo, alma y bienes en el mundo de Amadís de Gaula o Tirante el Blanco”.<sup>10</sup> Ahora bien, si, como afirma el escritor, lo maravilloso depende de la fe en tanto que por ella el milagro se objetiva a los ojos del creyente, como las licantropías de Mackandal en el caso de la novela, tal objetividad relega a un segundo plano su principio prodigioso: los negros contemplan con indiferencia y no con pasmo la metamorfosis de su líder porque están convencidos de su inmortalidad; han visto objetiva, tangiblemente, cómo, en el momento preciso del sacrificio, un mosquito zumbón —avatares de Mackandal— ha ido a posarse en la punta del tricornio del jefe de las tropas. Más se sorprende el narrador, quien, no teniendo la fe de sus personajes, observa el fenómeno de la fe desde fuera y lo califica de maravilloso.

Aquí viene a cuento de nuevo don Quijote. Si nuestro caballero andante ve gigantes donde su escudero sólo ve molinos de viento es porque semejantes enemigos, en los que no cree Sancho, tienen existencia real para don Quijote; por ello los embiste. Considerarlos maravillosos sería tanto como poner en entredicho la fuerza de la fe que los objetiva. Don Quijote no arremete contra fantasmas, qué va, sino contra descomunales adversarios de carne y hueso. Y es después del ataque, del que tan mal librado sale, cuando él mismo da una explicación maravillosa al suceso, aunque ofrecida con toda naturalidad: su enemigo hechicero no ha trocado los molinos en gigantes, sino los gigantes en molinos para su escarnio y desprestigio. Pero el caballero no se sorprende de esta mutación, si bien la sabe sobrenatural; el sorprendido es Sancho, quien no participa de la fe de su señor. No ha visto a los mentados gigantes, pero sí la vehemencia con que fueron atacados.

Como Sancho, Carpentier se sorprende de todo aquello que rebasa o contradice los dictados de la razón. Le parece prodigiosa la realidad americana sólo en la medida en que no pasa por el tamiz del pensamiento cartesiano. Este es, precisamente, el punto de partida de su discurso paródico, que se despliega, cada vez con mayor intensidad, a lo largo de su obra. No obstante que profesa que lo maravilloso está en la realidad americana, su referente es, en lo fundamental,

la cultura europea, y América se presenta, por tanto, como una parodia de Europa.

Hemos dicho que Carpentier pretende contar la historia de América desde América pero que la supedita a los paradigmas europeos, en buena medida porque su narrador no comparte la fe de sus personajes. Que éste se sorprenda de lo que para ellos no es sorprendente revela de manera inequívoca su condición exógena. Cervantes, en cambio, no pretende relatar las aventuras de don Quijote desde la óptica del caballero —o por lo menos no exclusivamente desde esa óptica—, sino que introduce, en concomitancia con las visiones de su ingenioso hidalgo, la visión del escudero. Ambos puntos de vista se oponen y se complementan. Pero no sólo eso, sino que también se influyen de manera recíproca, con lo que se opera el proceso de qui jotización de Sancho y de sanchificación de don Quijote señalado por Unamuno. Gracias a esta actitud narrativa incluyente e imparcial, Cervantes logra fusionar en su obra dos dimensiones en principio antagónicas de la condición humana, la cordura y la locura, la vigilia y el sueño, el pragmatismo y el ideal caballeresco y todas aquellas antinomias que pudieran cobijarse al amparo de los términos *real* y *maravilloso*. Dándoles cabida como entidades diferentes y opuestas, Miguel de Cervantes acabó por unir las; Alejo Carpentier, en cambio, tratando de unir las, acabó por separarlas, muy a pesar suyo y muy a pesar de su manifiesta devoción cervantina. •

#### NOTAS

<sup>1</sup>Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Espasa-Calpe Mexicana, 1950, t.I, p. 330.

<sup>2</sup>Ida Rodríguez Prampolini, *Amadíses de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 167 pp.

<sup>3</sup>Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, México, Compañía General de Ediciones, 2ª. ed., 1969, p. 14.

<sup>4</sup>Véase Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª. ed., 1977, 193 pp.

<sup>5</sup>Alejo Carpentier, *op. cit.*, p. 17.

<sup>6</sup>Alejo Carpentier, “Cervantes en el alba de hoy”, en *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo*, México, Siglo XXI Editores, 1981, p. 192.

<sup>7</sup>*Ibidem*, p. 194.

<sup>8</sup>Alejo Carpentier citado por Araceli García-Carranza, *Biobibliografía de...*, La Habana, Letras Cubanas, 1984, p. 17.

<sup>9</sup>*Ibidem*, p. 15.

<sup>10</sup>Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, p. 11.

GONZALO CELORIO es narrador, ensayista y profesor universitario. Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Su más reciente libro es *Ensayos de contraconquista*, editado por Tusquets.